

argumentos del profesor Handlin. Si el autor hubiera compartido sus hallazgos investigativos de un modo más completo con el lector, es probable que hubieran resultado beneficiados sus argumentos y la comprensión del lector.

La falta, al parecer, de alguna teoría social consecuente y el papel que en la misma desempeñara la migración hacen que resulte desnivelado y superficial el análisis del autor. Poco agrega a lo que ya sabemos de las migraciones, el lugar que ocupan en la economía americana, su futuro y su pasado. Por otro lado expone con claridad que las migraciones y los problemas y prejuicios asociados con las mismas, no son nuevos ni se limitan al número de las migraciones más recientes.

Cuantos esperaban más de este libro y de su autor, lo más probable sea que no les satisfaga por completo.

ROBERT HEIFETZ

Junta de Planes de Puerto Rico

MAURICE DUVERGER, *Los Partidos Políticos*, México y Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1957.

Apenas hace diez años que se publicó el original de este libro en francés (*Les Partis Politiques*, Paris: Libraire Armand Collin, 1951) y desde entonces ha tomado tal auge que se podría considerar casi como una obra clásica en el campo de la ciencia política y en su subdivisión cada vez más importante de la "estadiología", el estudio de los partidos políticos en los Estados modernos. No sólo por llevar el mismo título sino por su sugerente aunque escolástico contenido, este libro invita a compararlo con la obra clásica anterior de Robert Michels. Pretende Duverger establecer una teoría general acerca de los partidos políticos; al hacerlo así recurre a la teoría de las tendencias oligárquicas en las organizaciones políticas, que era el tema central y pesimista de la obra precedente de Michels, pero sólo a fin de ampliarla y relacionarla con el problema general del gobierno. Mientras Michels se basó casi exclusivamente en los partidos socialistas europeos de principios de siglo a fin de substanciar su sombría teoría de la "ley de hierro de la oligarquía", Duverger recurre al espectro de los partidos políticos europeos a fin de relacionarlos con la estructura social de sus respectivos países y (lo que es más significativo en el punto de vista de Duverger) con el contenido legal y constitucional que han de llevar las organizaciones políticas. En tanto que Michels estaba interesado en demostrar la imposibilidad de que existiera una organización democrá-

tica completamente igualitaria, teniendo en cuenta las realidades necesarias de las organizaciones, Duverger se muestra más interesado en analizar y clasificar los partidos políticos como ideologías y como organizaciones (especialmente esto último) a modo de organismos directores necesarios para realizar el trabajo que requiere haga toda sociedad política.

No se puede negar que estas organizaciones son fundamentalmente oligárquicas; pero Duverger, usando un gran acopio de material ilustrativo tomado de la historia política europea contemporánea y reciente, pone de relieve la diversidad de tipos de partidos—diversidad que depende de varios orígenes históricos, el influjo relativamente doctrinal del partido, de su “temperamento nacional” y del sistema electoral particular del país. La primera parte del libro trata de la “Estructura de los Partidos” y el autor nos ofrece una serie de conceptos clasificados a fin de realizar un estudio inteligente de los partidos, conceptos admirables por su comprensibilidad y que a nuestro juicio, no han sido superados o incluidos en libros posteriores publicados hasta hoy sobre este tema. El estudio que hace de las juntas secretas (“caucus”), de las “ramificaciones”, de las “células” y de las “milicias” como unidades básicas de la organización de los partidos, tiene la propiedad de su sencillez conceptual, y sirve también para describir las grandes diferencias de organización que existen entre los partidos basados en la tradición parlamentaria y los nuevos e ideológicos basados en partidos de masas, tales como los socialistas europeos y los antiliberales de orientación totalitaria del siglo veinte.

Al mismo tiempo la clasificación que hace de los partidos en cuanto a su grado de centralización y articulación de sus diferentes componentes, resulta sumamente útil para cuantos están interesados en elaborar un armazón común, conceptual, para analizar y comparar la serie de grupos tan complejos como heterogéneos que constituyen los partidos políticos europeos.

La segunda parte del libro está dedicada a los Sistemas de Partidos y, lo mismo que la primera, está repleta de útiles y clasificados conceptos e hipótesis respecto a la relación que existe entre los sistemas electorales y el número de partidos y su relativa fuerza electoral, los factores que influyen en el sistema de dos partidos o de múltiples partidos, y la relación que existe entre la ideología de masas y el fenómeno del Estado con un solo partido.

De la abundante cantidad de material ilustrativo y de la penetrante percepción que nos brinda este libro escrito de modo tan conciso surgen algunas generalizaciones estimulantes acerca de los partidos modernos y el papel que desempeñan en calidad de intermediarios entre la sociedad en general y el gobierno oficial así como en su relación

con las teorías y aspiraciones democráticas. Muchos de los puntos de vista de Duverger han sido ampliamente discutidos y criticados por intelectuales norteamericanos y europeos desde que apareció el libro de que nos ocupamos. Se ha suscitado cierta controversia debido a las observaciones e hipótesis que presenta el autor; y por otra parte algunas de dichas observaciones e hipótesis han sido universalmente aplaudidas por ofrecer las mismas una percepción valiosa en algunos de los problemas y procedimientos políticos modernos más discutidos. En la primera categoría de observaciones controversiales están las conclusiones a que llega Duverger respecto a la influencia de los sistemas electorales tanto en la estructura interna de los partidos como en el tipo de sistemas de partidos que un país debe tener. Así para Duverger un sistema de representación electoral de un solo miembro por distrito tiende a debilitar la articulación interna de los partidos, mientras que un sistema electoral por listas tiende a reforzar la articulación interna; el sistema de representación proporcional ha envigorizado la articulación y Duverger llega a manifestar la declaración general de que la representación proporcional ha robustecido la articulación de los partidos en "todas partes" en que se ha puesto en práctica. Asimismo—y aquí se hace eco de la vieja idea que ha sido expuesta antes por muchas autoridades en ciencia política— acepta la idea de que el sencillo sistema de la mayoría y del voto unilateral (como el de los Estados Unidos o la Gran Bretaña) conduce a la formación del sistema de dos grandes partidos, mientras que el sistema de mayoría con una segunda votación y una representación proporcional conduce al multipartidismo. Como prueba cita a los sistemas políticos de Inglaterra y los Estados Unidos, y declara que en la Alemania Occidental la representación proporcional ha impedido "despiadadamente" que se polarizase un sistema de los partidos en torno a los demócratas cristianos y los socialistas; y la conclusión que deriva de éste y otros ejemplos del continente europeo que cita es la de que, en general, la representación proporcional pone freno a cualquier tendencia hacia el sistema de dos partidos y contribuye a que permanezca intacta la estructura de los partidos existentes cuando surge la representación proporcional.

Mucha tinta se ha gastado—antes y después de la publicación del libro de Duverger— criticando la relativa importancia de los sistemas electorales para determinar el número de partidos de un sistema político sin limitaciones. La relación que observa el autor entre el sistema electoral y el número de partidos es bastante estrecha y se hace más determinista a la luz de su discutible—y en sí improbable—declaración de que existe una natural tendencia en las sociedades políticas hacia un dualismo de partidos, el que puede ser evitado se transforme en un sistema de dos partidos por medio de recursos tangentes o insti-

tucionales como el de la representación proporcional. Y así declara abiertamente que "... el bipartidismo parece presentar un carácter natural... No siempre hay un dualismo de partidos; pero casi siempre hay un dualismo de tendencias... El sueño del centro es realizar la síntesis de aspiraciones contradictorias; pero la síntesis no es más que un poder del espíritu. La acción es una selección, y la política es acción." (págs. 240-41): Sea o no aceptable este punto de vista —y está hablando de tendencias respecto a problemas y temas numerosos y variados en cualquier sistema político y que no se agrupan necesariamente en dos grandes tendencias ilimitadas— mucha de la crítica de que ha sido objeto la tesis de Duverger respecto a la importancia del sistema electoral, nos ha parecido haber tomado las proporciones de un enorme sofisma. Duverger no es un determinista institucional, ni un determinista de ninguna clase (aunque él indica en una nota en el prefacio "Advertencia" que está casi dispuesto a aceptar la teoría marxista de la infraestructura y la superestructura como bases analíticas en la comprensión del dinamismo social) (pág. 9); y nadie puede negar que el sistema electoral que prevalece en los países europeos y está en libros en determinado momento, ejerce gran influencia no sólo en los resultados electorales sino en la estructura y alineación de los partidos.

Hay dos aspectos en el análisis y la argumentación de Duverger que tienen especial significado en este momento dramático en que vivimos y, al menos para el que estas líneas escribe, le parece la contribución más brillante que el autor aporta. El primero es el de tratar de conformar el fenómeno del partido totalitario moderno —ya esté basado en la célula o las milicias— en el armazón general y conceptual necesario al estudio de los partidos políticos. Su argumentación respecto a los principios de la organización de estos partidos de la extrema derecha o la extrema izquierda, del resto que presentan al orden liberal constitucional, de su eficiencia de organización y de los graves peligros que entraña si llegan a monopolizar la organizada oposición dentro del sistema de los dos partidos, es admirable, completa y convincente. El otro aspecto, y es de los que representan un halagüeño punto de partida para una futura investigación en el campo de los partidos políticos —especialmente en las que se denominan zonas subdesarrolladas— es el de las posibilidades democráticas, aparentemente paradójicas de los sistemas de partido único. Que los partidos políticos en la Gran Bretaña y algunos otros sistemas políticos europeos que han progresado de continuo, han evolucionado históricamente desde un partido único o un sistema de facción única, identificada en la persona del soberano, es una teoría generalmente aceptada dentro de los estudios políticos modernos, pero en esta obra Duverger señala evoluciones más modernas en que, naturalmente, se han formado dos o más partidos políticos

de un solo partido político. Pone como el ejemplo más significativo de esta evolución a Turquía; y pudo haber mencionado igualmente sistemas de un solo partido democrático, por lo menos potencialmente, en que la oposición organizada no ha sido totalmente excluida y en que una futura evolución parecida a la de Turquía no está totalmente alejada del camino de las posibilidades. México sería el ejemplo más significativo; y falta ver si algunas de las nuevas naciones independientes de Africa, de las que representantes han expresado que existía fe en la compatibilidad de practicar la democracia con un sistema político de un solo partido, acaso evolucionen hacia un sistema de legítima rivalidad política dentro del dominio de un solo partido sin que degeneré éste en una variedad local de un sistema totalitario.

La debilidad del libro de Duverger está en su extensión no en su contenido o en su método. El conocimiento que tiene de los manejos de la política americana es sin duda inferior al que posee de los sistemas europeos. Mas esto apenas si debe echársele en cara; lo mismo puede decirse, a la inversa, de los autores americanos que generalizan acerca de los sistemas de partidos, basándose principalmente en la experiencia que tienen de los Estados Unidos. Del mismo modo Duverger llega a ciertas vastas generalizaciones respecto a los partidos políticos de la América Latina a la cual el autor se refiere a veces como si en general estuviera en la época "prehistórica" del desarrollo político. Se ve la necesidad de que se realicen estudios más concretos de los grupos políticos en la América Latina a fin de poner en claro la significación de adjetivos como ese de "prehistórico". De todos modos este libro ofrecería penetrantes observaciones y suficientes clasificaciones en extremo valiosas para realizar un estudio de esta índole. El público de lengua española tiene suerte en poder tener a la mano un libro de tanta percepción en una traducción tan competente.

ROBERT W. ANDERSON
Universidad de Puerto Rico

THEODORE BRAMELD, *The Remaking of a Culture-Life and Education in Puerto Rico*, Nueva York: Harper and Brothers, 1959. 478 págs.

Este libro rimbombante y verboso ha sido debido a tres diferentes disciplinas: la antropología, la filosofía y la "educación". Casi toda su información procede de entrevistas con dieciséis líderes del país en diversos aspectos (incluso el gobernador Muñoz Marín) y veinte mo-